

¡¡UVAS, UVAS, UVAS!!

frescas, gordas y enracimadas llegadas en el vapor SAN IGNACIO DE LOYOLA, se venden por libras en "La Castellana" de San Fernando y por barriles y libras en "La Castellana," Escolta 37.

EL MINDANAO

6-ESCOLTA-6.

REINA REGENTE!!

Es la bebida mas sana para entonar el estomago.

A. M. PABALAN.

EL ARNÉS

FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES

DE V. JIMENO

PROVEEDOR DEL REAL PALACIO DE MALACAÑANG

Recibimos mensualmente grandes surtidos en artículos, los cuales son de las principales fábricas de España, Inglaterra, Francia y Norte de América, en:

Guarniciones limonera y tronco á la española é inglesa, á la Dumont, Tander y Violin.
Monturas de señora en veludillo bordado, gamusa, pieles chanco y de cerdo.
Idem de caballeros; á la española, inglesa, rollos, royal, carreras, y con asiento de suspension con cojinete ventilado y movable, en pieles de chanco, ante y cerdo lejítimo.
Idem con todo el equipo reglamentario para los Sres. Jefes y oficiales del ejército.
Grande y variado surtido en cabezadas de montar, españolas é inglesas, bocados jerezanos, estribos baqueros, serretas de montar y picadero, faroles carruaje, látigos de idem, montar, perreros y caza, cejaderos de cadena y cuero, falsos collares charol, sudaderos fieltro, collares, y bozales para perro, bocados de tiro y montar, estribos, petrales, martingalas, baticolas, acciones de estribo, cinchas, riendas estambre de montar y tiro en varios colores, cabezadas cuadra, bolsas para monturas propias para provincias, espuelas baqueras é inglesas, impermeables, corta pelos ó máquinas para esquila, cinturones, maletas y sacos de viaje, porta-mantas, sombrereras cuero, polaynas, cepillos, almohazas, escobas para coches é infinidad de artículos pertenecientes al ramo los que se detallan á precios sin competencia en plaza.
En los talleres de la casa se construyen toda clase de encargos, con prontitud y esmero bajo la direccion de persona competente.
Grandes surtidos en artículos del país con cueros adobados en el establecimiento.

CARRIEDO 10.

116 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 117

guardara la vida, de su único hijo. A esta ple-garia sucedió una explosión de lágrimas, una agonia de desesperacion, tal como no pienso ver nunca. Desde aquel momento, me convencí de que el dolor abreviaria su vida, pero ni una queja, ni un solo suspiro agitó sus labios de nuevo.

Era un espectáculo conmovedor ver un día y otro, en el lúgubre cuarto que ocupaba el criminal, á aquella desventurada madre esforzándose en llegar al corazón de su hijo, ya por el cariño, ya por las súplicas mezcladas con llanto. Todo era en vano: seguía sombrío y mudo. La conmutacion inesperada de su castigo por el de catorce años de presidio, no le produjo la más pequeña emocion.

El espíritu de resignacion que estaba sosteniendo hacía mucho tiempo á aquella infeliz mujer, no podía luchar más con la debilidad y las enfermedades. Así es que comprendiendo lo crítico de su situacion quiso ver á su hijo una vez más. Dejó el lecho y se dispuso á marchar, pero inútilmente, la abandonaron las fuerzas y cayó casi inanimada sobre el suelo.

Entonces la indiferencia y el estoicismo del criminal, sufrieron una ruda prueba. Pasó un día sin que fuese su madre. Otro día más y tampoco pareció. Un tercero, y continuó la ausencia.

Esto empezó á torturar el corazón del bandido, y mucho más cuando pensaba que quizás se lo llevarían á cumplir la sentencia sin volverla á ver.

Este nuevo castigo que le enviaba la Providencia, pareció que le iba á volver loco. ¡Oh! ¡cómo las ideas, por tanto tiempo olvidadas, de sus primeros años volvieron en confuso tropel

á apoderarse de su inteligencia, mientras que á grandes pasos atravesaba la estrecha mazmorra que la servía de prision, como si la rapidez de sus movimientos prestara fuerza al tiempo para andar más deprisa, como si de aquella suerte pudiera acelerar la llegada de su anciana madre!

Su madre, quien únicamente le había querido en el mundo, su madre estaría enferma, quizás agonizante, á media legua de allí; algunos minutos le bastarian para llegar junto á ella, y sin embargo, tal vez no la vería más. Entonces se abalanzaba á la reja, y cogiéndose á los barrotes con la energía que dá la desesperacion, los sacudía haciéndolos temblar; luego se lanzaba á los espesos muros como si quisiera derruirllos. Pero todo inútil, la prision rechazaba todos sus insensatos esfuerzos, rompiendo su indiferencia y haciéndole llorar como á un niño.

Yo llevé al hijo las palabras de perdon y la bendicion de su madre, sin decirle hasta qué punto era su estado grave; yo llevé al lecho de la moribunda solemnes promesas de arrepentimiento y ardientes súplicas de perdon. Yo escuché con triste compasion los mil proyectos que el criminal arrepentido formaba para cuidar á su madre y hacerla dichosa cuando volviera del presidio.

Aquella misma noche emprendió el viaje á la penitenciaría.

Pocas semanas despues, el alma de su infeliz madre abandonó este mundo, como creo confiadamente, por una region de paz y de dicha eterna. Cumpil mi mision sobre sus pobres restos, que descansan en nuestro reducido ce-

120 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 113

mistress Edmunds ocuparía un asiento todavía más modesto, ó que estaría achacosa y no podría ir sola á la iglesia. No se atrevió á hacer otra alguna suposicion. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y se volvió para marcharse.

Al llegar al pórtico se cruzó con un hombre viejo y cascado. Al verlo se estremeció; lo había reconocido; muchas veces lo había visto abrir fosas en el cementerio, tras de la iglesia. ¿quién habría dicho el honrado sacristan al licenciado de presidio? El viejo alzó los ojos y lo miró un instante; le dió las buenas tardes y se alejó lentamente. No le había conocido.

Edmunds bajó la colina y atravesó la aldea. El tiempo estaba caluroso, y los aldeanos, sentados en las puertas ó paseando por sus pequeños huertecillos, disfrutaban del fresco de la noche y de las dulzuras del reposo, despues de las fatigas del día. Muchas miradas se dirigieron al forastero, y este observaba á derecha é izquierda si alguien le conocia, ó todos le habían olvidado. Había caras nuevas en casi todas las casas: algunas veces reconocía tal ó cual fisonomía de un condiscípulo; aquella otra de uno que era entonces un muchacho y que ahora jugaba con sus pequeños; otras veces veía sentado en un sillón á un viejo enfermo é impedido que él lo dejó bueno y ágil. Nadie lo reconoció, y atravesó el pueblo sin que le dirigieran la más mínima palabra.

Los últimos y delicados rayos del sol envolvían á la tierra en una capa de púrpura, dando un brillo dorado á las secas espigas y prolongando las sombras de los árboles, cuando llegó

ciles, y la solicitud llena de ternura y dolor con que educaba á su niño. Que Dios me perdone lo que voy á decir, puesto que la sospecha no es cristiana; pero en mi alma y en mi conciencia existe la evidencia de que su marido, durante muchos años, trató de matarla á disgusto.

Ella todo lo sufría pacientemente por el cariño de su hijo, y aunque parezca extraño, por el amor de su marido. Le había querido mucho, y á pesar de sus brutalidades; á pesar de las crueldades de que era objeto, el rescoldo de su antiguo amor despertaba en su corazón sentimientos de indulgencia y disculpa para su infame marido.

Eran muy pobres: la conducta del marido no podía dar otro resultado; sin el obstinado é incesante trabajo de la mujer habrían muerto de hambre. Pero todos sus esfuerzos tenían la misma recompensa.

Los que pasaban de noche cerca de la casa, tenían frecuentemente ocasion de oír los gemidos de la mujer y el ruido de los golpes que le daba su marido. Más de una vez, despues de media noche, el niño fué á llamar suavemente á la puerta de alguna casa vecina, donde le mandaba su madre para que escapara de la furiosa embriaguez de aquel padre desnaturalizado.

Siempre, y aunque la pobre criatura tenía frecuentemente señales de los malos tratamientos de su marido, asistía con asiduidad á los Oficios Divinos. Todos los domingos, por mañana y tarde, ocupaba con su hijo el mismo banco en nuestra modesta iglesia; y aunque la madre y el niño iban siempre mal vestidos

15

124 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 125

CAPITULO VII.

Donde se verá como Mr. Winkle, en vez de tirar al pichon y matar al grajo, tira al grajo y hiere al pichon, como el club del Báculo de Bingley-dell lucha con el de Munggleton, y como el de Munggleton cena á espensas del de Bingley-dell, con otros diversos asuntos igualmente interesantes é instructivos.

Las fatigosas aventuras del día, ó quizás la influencia soporífera de la historia contada por el sacerdote, obraron tan fuertemente sobre los nervios de Mr. Pickwick, que escasamente había cinco minutos que se había acostado, y ya estaba dormido profundamente. No despertó hasta que, á la mañana siguiente, los brillantes rayos del sol naciente vinieron á increparle por su mucha holgazanería.

Mr. Pickwick, que no era perezoso, se levantó enseguida.

—¡Que país más delicioso!—exclamó con entusiasmo abriendo la ventana.—¡Ahl cuando se siente la influencia de un paisaje semejante, ¿es posible que haya quien se resigne á vivir siempre en una ciudad? ¡Podrán vivir en un lugar donde no ven el heno más que en las cuadras; donde no vea más florecillas que las siemprevivas que crecen en los tejados; donde no ven más "vacas" que las de la imperial de los ómnibus? ¡Podrán gustar de la vida en semejantes condiciones? ¡Podrán soportar una existencia semejante?

Despues de haber interrogado durante largo tiempo en esta forma á la soledad, siguiendo la costumbre de los grandes hombres, mister Pickwick asomó la cabeza por la ventana y miró á su alrededor.

El dulce y penetrante olor de la yerba que acababa de ser segada, llegaba hasta él. Los mil perfumes de las florecillas del jardín embalsamaban el ambiente; la verde pradera estaba cubierta de rocío, el cual brillaba bajo los rayos solares. Un ligero céfiro agitaba las ramas de los árboles.

Por último, los pájaros cantaban, como si cada una de las lágrimas de la aurora hubiera sido para ellos un manantial de inspiracion. Contemplando este espectáculo, Mr. Pickwick cayó en un dulce y misterioso éxtasis.

Un grito, llamándolo, fué lo primero que le volvió á la vida real.

Miró rápidamente á la derecha, pero no vió á nadie. Volvió los ojos á la izquierda y obtuvo igual resultado. Midió con audaz mirada el firmamento; pero no era por allí donde le habían llamado; por fin hizo lo que un ser

128 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 121

—¡Nada más?
—Nada más: ¿Queda usted tranquilo?
—Completamente.
—Muy bien. ¿Empiezo yo?—añadió el viejo "gentleman" dirigiéndose á Mr. Winkle.
—Sé lo que Vd. quiere—contestó éste—encantado de hallar un momento de plazo.
Retírese Vd. un poco. ¡Vamos, este es el momento!

Uno de los niños dió un grito y movió una rama, en la cual había un nido: enseguida una docena de grajos polluelos interrumpidos en su importante conversacion, salieron fuera para ver quien era el atrevido interruptor. Mr. Ward le hizo fuego, como vía de expiacion. Uno de los pájaros cayó y los demás siguieron volando.
—¡Cójelo, José—dijo el viejo caballero.
El corpulento jóven se adelantó, contrayendo las facciones á guisa de sonrisa; varias visiones de pasteles de grajos flotaban en su imaginacion. Al cojer el pájaro se rió, porque la víctima estaba gorda y era jóven.

—Ahora le toca á Vd., Sr. Winkle—dijo el viejo, cargando otra vez su fusil.—¡Vamos, tire Vd.!

Mr. Winkle avanzó algunos pasos y disparó su fusil. Mr. Pickwick y sus compañeros retrocedieron involuntariamente para librarse de la lluvia de grajos que estaban seguros iban á caer bajo el plomo devastador de su amigo. Hubo una pausa solemne, luego un grito y un ruido ocasionado por las alas de los pájaros.

—¡Oh! ¡oh!—dijo el viejo gentleman.
—¡No ha salido el tiro?—preguntó Mr. Pickwick.

ante su vieja casa, la casa de su niñez, por la que había suspirado con tanta frecuencia y tan ardentemente durante los largos y penosos años de su cautiverio.

Se acercó á la baja empalizada, y aún recordaba el tiempo en que le parecía gigantesca, y miró por encima de ella al jardín.

Había muchas más flores que antes, pero los viejos árboles eran los mismos. Reconoció aquel bajo el cual se acostó muchas veces en el verano, rendido por el juego y el calor, abandonándose al pesado sueño de una infancia feliz.

Se oyeron voces en el interior de la casa, pero estas le afectaron grandemente: primero porque le eran desconocidas, y segundo que indicaban una alegría que estaba seguro que no podía sentir su madre en su ausencia. Se abrió la puerta y vio salir á un batallon de chiquillos saltando y gritando.

El padre, con una marmita en las manos, apareció en el umbral, y los niños le rodearon, apretándole fuertemente las manos y tirando de él cuanto podían para que tomara parte en sus juegos. El presidiario recordó cuántas veces, en el mismo sitio, se ocultó á las miradas de su padre, ó abrazó con sus temblorosos brazos á su desgraciada madre, al oír los ahogados suspiros que le arrancaban las injurias ó golpes de su furioso marido. Se alejó de la casa paterna apretando los puños y rechinando los dientes de rabia.

¡Tal fué la vuelta que le había preocupado durante tantos años, y por la cual había soportado tantos sufrimientos! Ni un rostro amigo, ni una palabra de perdon, ni una mano que le

16

ESCOLTA

Manila.

SINGER

CALLE REAL

Iloilo.

MAQUINAS PARA COSER

Garantía ilimitada.---Enseñanza gratis á domicilio.---Atenciones y reclamaciones gratis.

10 REALES SEMANALES.

EXPOSICION BARCELONA---1888---GRAN MEDALLA DE ORO (UNICA)

RON BACARDI

En competencia de las 17 marcas que se presentaron Extranjeras.

Unicos y exclusivos receptores en Filipinas J. CODINA Y C.a, venden al por mayor á \$8-50 cajas (con 5 al 10 por 100 descuento, segun pedidos) al por menor y por cajas en los Almacenes "Los Dos Hermanos", "Villa de Burdeos", "Ciudad de Palencia", "La Castellana" (Escolta y San Fernando), "El Progreso" y demás de alguna importancia.

(peor que muchos de sus vecinos que estaban en situación más precaria) su "toilette" era decente y limpia. Todos tenían un saludo de amistad y una palabra cariñosa para aquella "pobre señora Edmunds," muchas veces, cuando al abandonar el templo se detenía bajo los arcos que adornan el pórtico, para cruzar algunas palabras con tal ó cual vecino, ó cuando se paraba para mirar, con el orgullo y la ternura de madre, á su niño rollizo y colorado, que jugaba con algunos camaradas de su edad, su fatigado rostro parecía iluminarse, indicando, si no felicidad y alegría, al menos, resignación y tranquilidad.

Cinco ó seis años pasaron de este modo: el niño era ya un joven robusto y bien formado, pero el tiempo, que había fortificado sus delicados miembros, encorvó á su madre y deliró su paso; y sin embargo, el brazo que debía sostenerlo no se entrelazaba con el suyo; los ojos que debieron animarla, no la miraban con cariño. Ella seguía ocupando el mismo banco en la iglesia, pero á su lado había un lugar vacío; la Biblia siempre estaba entre sus manos, la abría por diferentes sitios, pero nadie la acompañaba en sus lecturas, y las lágrimas brotaban de sus ojos, y corriendo por sus mejillas, iban á caer sobre el texto sagrado. Los vecinos la miraban con la misma compasión, pero á pesar de ello, volvían la cabeza para no verla; ya no se detenía al pié de los viejos olmos; ya no había en su corazón la más pequeña esperanza de dicha futura.

En su desesperación, se echaba la culpa sobre la cara y se alejaba con paso precipitado. ¿A qué obedecía todo esto? Su hijo que

su pálido rostro; creía sentir sus ardientes lágrimas, que caían sobre su frente cuando aquella se agachaba para abrazarlo, y que lo hacían llorar á él también, como si comprendiese la amargura que encerraban.

Recordaba también cuantas veces corrió alegremente por aquel mismo sendero con algunos de sus pequeños camaradas, volviéndose de vez en cuando para ver sonreír á su madre ó para oír su dulce voz; entonces le parecía que un velo cubría su memoria, y mil recuerdos de melancólicas ternuras, de consejos olvidados, y de promesas no cumplidas, vinieron á perturbar su cerebro y á destrozar su corazón.

Entró en la iglesia, y aunque los oficios de la tarde ya habían terminado, y los asistentes se habían dispersado en distintas direcciones, la puerta de encima claveteada con grandes y brillantes clavos estaba aún abierta.

Los pasos del presidiario retumbaban bajo las elevadas bóvedas; la calma religiosa que le rodeaba y su completa soledad, casi le hicieron sentir miedo. Miró en todas direcciones, nada había cambiado. La iglesia le parecía más pequeña, pero encerraba los mismos monumentos que tantas veces había contemplado en sus primeros años con respeto infantil. Allí estaba el misal donde el sacerdote colocaba su libro y desde donde transmitía á los fieles la palabra del Señor; allí el altar de la comunión, ante el cual se arrodilló tantas veces en su infancia, murmurando las oraciones que olvidó al ser hombre. Se acercó al antiguo banco de su madre, el cogia sobre que aquella se arrodillaba, no estaba allí. Lo atribuyó á que

menterio; nada indica que allí está lo que fué el cuerpo de una santa ¿para qué? Sus pesares los conocían los hombres; pero sus virtudes, solamente Dios las apreciaba.

Convinimos, antes de partir el deportado, que este escribiría á su madre cuando obtuviese permiso para hacerlo, dirigiéndome á mí las cartas, porque su padre no quería saber de él y desde el momento de su arresto lo olvidó, sin volver á pensar si estaría vivo ó muerto. Muchos años pasaron sin recibir la más pequeña noticia, y cuando pasó la mitad del tiempo que debía durar su condena, me convencí de que había muerto.

Pero me engañaba. A su llegada á Botany-Bay fué enviado al interior de la colonia, y esto fué la causa de que ninguna de sus cartas llegara á mi poder.

Estuvo en el mismo punto los catorce años, perseverando en sus buenas resoluciones y fiel á las promesas que hizo á su madre.

Cuando cumplió su tiempo, tuvo que vencer grandes dificultades para volver á Inglaterra, al pueblo de su nacimiento.

A la caída de la tarde de un hermoso día de Agosto, John Edmunds entró en el pueblo de donde había sido tan vergonzosamente sacado diez y siete años antes.

El camino que seguía atravesaba el cementerio, y su corazón se oprimió al pasar por él. Los rayos del sol poniente se deslizaban á través de las gigantescas ramas de los viejos olmos, que despertaban en el alma del ex-presidiario los recuerdos de sus primeros años; recordó el tiempo en que, de la mano de su madre, iba alegremente á la iglesia; creía ver

debió conservar piadosamente en su memoria el recuerdo de las privaciones voluntarias, de los muchos disgustos que su madre había sufrido por él, lo olvidó todo, y aumentando las torturas de aquel corazón destrozado por el sufrimiento, trabó amistad con los hombres más depravados, más abandonados por Dios, y emprendió una carrera de vicios y crímenes que debían producirle un resultado funesto.

La infeliz mujer estaba á punto de apurar hasta las heces la copa de la amargura. Numerosos delitos se habían cometido en la aldea y sus alrededores. La audacia de los culpables aumentaba con la impunidad. Un robo nocturno, acompañado de circunstancias agravantes, produjo una persecución activa, á la cual era imposible escapar. El joven Edmunds y tres de sus compañeros fueron presos, juzgados y condenados á muerte.

El grito penetrante y agudo, el grito maternal que resonó en la Audiencia al leer la sentencia de los acusados, aún resuena en mis oídos. Aquel grito aterrorizó al culpable; lo que no pudo conseguir ni la prisión, ni la sentencia, ni la misma aproximación de la muerte.

Sus lábios, hasta entonces cerrados con pesada obstinación, se agitaron y se abrieron involuntariamente. Su rostro palideció, un sudor frío bañó su frente, sus vigorosos miembros se agitaron convulsivamente, y sin fuerzas se dejó caer sobre el banco.

En los primeros trasportes de su dolor, la desolada madre cayó de rodillas, pidiendo dolorosamente al Sér Eterno, que hasta entonces le había dado fuerzas para resistir tanto pesar, la sacase de aquel mundo de miserias, y que

ayudára, ni una casa que le acogiera; ¡y aque era el pueblo donde había nacido! ¡Qué abandono, qué soledad! ¡Cuánto mejor estaba en el islote salvaje á que había sido deportado!

Reconoció entonces que, desde las lejanas comarcas de la infamia y la servidumbre, pensaba en el lugar de su nacimiento tal como lo dejó, no como debía hallarlo.

La triste realidad se presentaba de pronto ante él; y abatía su valor. No tuvo fuerzas para tomar informaciones, ni para presentarse á la única persona que podía recibirle con compasión. Siguió andando muy despacio, huyendo del camino, como un criminal; llegó á una pradera, que había recorrido en otro tiempo en todas direcciones, y cubriéndose el rostro con las manos, se echó en la yerba.

Un hombre, á quien Edmundo no había visto, estaba sentado en el suelo cerca de él. Se volvió para mirar al recién venido, y Edmundo, al ruido que produjo al moverse, alzó la cabeza.

Aquel hombre llevaba el traje de los asilados de Work-House; su cuerpo estaba encorvado, su cara amarilla y arrugada. Parecía muy viejo, pero por el efecto destructor de la miseria y las enfermedades, no de los muchos años. Sus ojos estaban apagados, pero al fijarse en Edmundo se animaron con una extraña expresión de alarma, y se abrieron de tal modo, que parecía iban á saltar de sus órbitas.

El presidiario fué levantándose poco á poco sobre sus rodillas, examinando con ansiedad siempre creciente el rostro del viejo. Los dos estuvieron así por largo tiempo, contemplándose en silencio.

el continuo graznido de los pobres animales indican suficientemente cual es su domicilio.

El viejo caballero puso uno de los fusiles en el suelo y cargó el otro.

—Ya viene nuestra gente—dijo Mr. Pickwick.

Y en efecto, se acercaban Mr. Tupman, mister Snodgrass y Mr. Winkle, porque José, no sabiendo determinadamente á cual de aquellos señores debía llamar, pensó con su profunda sagacidad que para evitar todo error, el mejor medio era convocar á los tres.

—¡Corra usted! ¡Corra usted!—gritó el viejo "gentleman" á Mr. Winkle.—Un tirador famoso como usted debía estar dispuesto dos horas antes de empezar la caza.

—Mr. Winkle contestó con una sonrisa forzada, y tomó la escopeta que le estaba destinado, con la expresión que hubiera tomado un gajo metafísico, atormentado por el presentimiento de una muerte cercana y violenta. Podría ser indiferencia, pero parecía inquietud.

El viejo "gentleman" hizo una seña, y dos muchachos harapientos comenzaron á trepar lentamente por los árboles.

—¿Qué van á hacer esos niños?—preguntó bruscamente Mr. Pickwick.

Su buen corazón se había alarmado, porque había oído hablar de la pobreza de los labradores, de un modo, que no estaba lejos de creer que aquellos niños, obligados por la miseria, iban á servir de blanco á los cazadores.

—Solamente á levantar la caza—contestó riendo Mr. Wardle.

—¿Cómo?
—Asustando á los gajos.

vulgar hubiera hecho desde luego, mirar al jardín, y allí estaba Mr. Wardle.

—¿Cómo vamos?—le preguntó éste alegremente.—Hermosa mañana, ¿no es verdad? Me gusta ver á usted levantado tan temprano. ¿Quiérete usted bajar? Le esperaré aquí.

M. Pickwick no necesitó nueva invitación. Diez minutos le bastaron para terminar su "toilette" y cuando acabó bajó á hacer compañía al viejo "gentleman".

—¿Qué es eso?—preguntó Mr. Pickwick viendo que el dueño de la casa estaba armado con una escopeta y tenía otra junto á él, sobre el césped.

—Su amigo y yo—replicó Mr. Wardle—que vamos á matar gajos antes de almorzar. Es un buen tirador, ¿no es verdad?

—Lo he oído decir; pero nunca le he visto tirar.

—Pues hoy se despachará á su gusto—murmuró Mr. Wardle—y llamó:—¡José! ¡José!

Poco tiempo después aparecía en la puerta de la casa que dá al jardín, el muchacho de la mañana, no estaba adormitado más que las tres cuartas partes de su persona.

—Vé á despertar al "gentleman"—le dijo su amo—y prevénle que me encontrará con mister Pickwick en el bosque. Tu le enseñará el camino, ¿has comprendido?

José se alejó para ejecutar esta comisión, y Mr. Wardle, llevando las dos escopetas, condujo á Mr. Pickwick fuera del jardín.

—Este es el sitio—dijo al cabo de algunos minutos deteniéndose en una avenida de árboles.—Esta es una advertencia inútil, porque